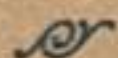




JOAQUÍN BELDA



LA "SEASON" DE BAYAS

LA "SEASON DE BAYAS"

DOO

fst. 401790

Sucesores de Rivadeneyra (S. A.)--MADRID

JOAQUÍN BELDA

LA "SEASON"
DE BAYAS



BIBLIOTECA HISPANIA

CID, 4.

MADRID

C. 1920



85144158

DMU

97462

CB 1545956

I

A la hora sexta del segundo día de los Idus Julianos marchaba por las losas de la Vía Apia una soberbia cuadriga escoltada por seis jinetes y seguida a respetuosa distancia por tres carros llenos de trastos y de vajilla. Roma había quedado atrás hacía media hora, con su calor pestilente y sus charcos sucios, que tapizaban el piso de las vías, privadas casi del adorno de las mingitorias.

La campiña se iba dilatando, librándose poco a poco de la angostura de las últimas estribaciones de los Albanos, y un airecillo confortador y apacible acariciaba los rostros de la familia Membrina, alegre y retozona como un triunviro en la viudez. Porcia, la mayor de las chicas—morena y de ojos traicioneros—, daba saltos en el asiento con una alegría de cabrito, haciendo oscilar sus pechos a derecha e izquierda en firme batallar con las rigideces de la túnica; Fulvia y Nicasia, las dos menores, atormentaban con bromas a Tirteo, algo mustio en el asiento de enfrente, junto a la madre, silenciosa y satisfecha.

Silvio Tirteo Membrino, único hijo varón del matrimonio de Cayo Porcio Membrino con Agata—la segunda de las chicas de la familia Sergula—, era uno de los más feroces calaveras del patriciado romano, a pesar de no contar a la sazón más que treinta y siete primaveras: soltero por ideas, célibe a pesar de la *Lex cucumis vitandiis* dada recientemente por Augusto, Tirteo era una especie de terrible Pérez con toga, a cuyo deseo no había virtud doméstica que resistiese ni honor de dama—más o menos en conserva—que no cayese vencido en una *debacle* que ni la de *Actium*. Su última hazaña, la iniciación de las cuatro hijas del pretor Sem-

prino, a quienes, después de violadas, había plantado en pleno Foro sin más ropa que unos abanicos de Tesalia, y medio agónicas por efecto de una indigestión de lampreas de los Alpes, que habían sido el *lunch* de aquel festín satiriásico, había elevado al Empíreo su fama de seductor, y le había valido una paliza dada por los esclavos de Semprino, que tres noches antes le habían dejado hecho un macarrón junto a la puerta Metronia, como *justo castigo a su perversidad*.

Lo peor de todo era que la cosa no tenía trazas de acabar allí, pues el padre de las cuatro víctimas iba diciendo por toda Roma, y machacando, lo mismo en el

Senado que en los salones del Juvenlia, que Tirteo se casaría con sus chicas—todas à la vez—, o acabaría sus horas colgado de los pies al Arco de Trajano, con las orejas cortadas para ejemplo de futuros sinvergüenzas.

—La verdad es que tienes suerte—decía Porcia a su hermano—: cargar con las cuatro para ti solo.

—¡Porcia!...

—Digo—añadía Nicasia, más maliciosa, como correspondía a su nombre—; unas chicas tan arregladas, tan honestas, que manejan la labor de aguja con el mismo desparpajo que Penélope.

—¡Sois idiotas!

—¿Por qué?—hubo de intervenir Fulvia—, no te enfades, hombre; ya sabemos que no las quieres; pero, ¡por Juno que eres desagradecido!... Huyes de Roma por no encontrarte con ellas.

—Yo creo que es por no encontrarse con los esclavos del padre.

—¡¡Basta!! Estáis abusando de mi paciencia. No tengo por qué huir de nadie; ya lo sabéis.

—No huye, pero se quita de en medio. ¡Digo! Pues te ha venido poco bien esto del veraneo para dejar Roma por una temporada.

—Voy por acompañaros; bien lo sa-

béis. Bayas me aburre, y, si no fuera por vosotras...

—¡Qué lástima!... ¿Nos vas a tomar de tapadera?

—Mira, Fúlvia, deja las reticencias porque es lo que más te conviene. Si vamos a recoger chismes, ya sabes que Claudio Papullo es uno de mis mejores amigos y que... me lo cuenta todo: ¡fíjate bien!, *me lo cuenta todo*.

El rostro de Fulvia—algo apaisado en su evolución total—se pobló de pigmentaciones ruborosas. Decididamente, aquel Claudio era un canalla; conque, ¿se lo había contado todo al hermano? ¿También lo del sótano de casa de Pamfilia?...

Así debía ser, porque si no, no se explicaba la reticencia de Tirteo. La joven suspiró con languidez y descansó su mirada en la llanura histórica, por encima del verde apetitoso de los viñedos.

Agata, la gentil matrona, hermosa como una jibia de Corinto, miró a su hijo con interés. ¿Qué era lo que le había contado el novio de su hermana? ¿Así estábamos? ¿Iba también a introducirse la corrupción en la parte femenina de la familia, ahora que ella, como premio a su honradez doméstica, estaba a punto de tomar la almohada ingresando como dama en el *entourage* de la Augusta? Agata era una hermosa mujer codiciada por to-

da Roma, y que, con una mezcla de complacencia y adustez, sabía ir manteniendo el fuego de aquellas codicias, sin entregarse nunca más que a su marido y a los maridos de sus amigas. ¡Nada de hombres solteros! Este era su lema: los célibes eran peligrosos por su fogosidad, y, además, solían atormentar con sablazos de cien áureos para arriba a las matronas que se les entregaban suplicando la guarda del secreto. El *chantage* era en Roma una institución de derecho público.

La rizada superficie de la laguna de Albalonga se dibujó a lo lejos entre un festón de álamos; terminaba allí la primera parte de la jornada que allá bien

pasado el Vésper, iría a interrumpirse por hoy en una de las hospederías de Cales. El aire se hizo más fresco, y en el interior de la cuadriga reinaba el silencio con arpegios de embarazo; a la derecha de la calzada se extendía el manto esmeralda de una alfalfa interminable, que a Tirteo—voluptuoso de suyo—inspiraba ideas de bacanal.

La comitiva se detuvo breve rato frente a una taberna que se alzaba en la orilla izquierda de la laguna; los caballos descansarían, y Tirteo aprovecharía la parada para estirar las piernas y zambullirse dos medias de Chipre ante la tábula del pequeño templo de Baco. La Vía Latina

era un jubileo en estos meses del verano, y las ciento y pico tabernas que bordeaban su trazado hasta Bayas y Neapolis, hacían pingüe negocio con el continuo libar de los veraneantes; en el invierno—*la mort season*—cada uno de aquellos tugurios se transformaba en una capilla de Juno o de Diana, donde los peregrinos que iban a pie y sin afeitarse al antiguo templo de Partenope, dejaban la ofrenda de sus limosnas que, sin pasar por las manos de las deidades respectivas, iban a parar al bolsillo del tabernero; los romanos, con ese sentido práctico admirable que sólo han heredado los ingleses y los concejales de la Defensa Social, sabían

convertir un despacho de vinos en un santuario lleno de misticismo; sobre un amplio tonel ponían una efigie de Júpiter o de Marte en traje de baño, adornaban el mostrador con guirnaldas de hiedra virgen, y cerraban bien todos los resquicios por donde la luz pudiera colarse, para dar al aposento un aspecto de ensueño celeste, y además para que no resaltaran mucho los letreros grabados en las paredes por los parroquianos del estío, en los cuales, los dioses y el propio Augusto salían muy mal parados y en compañía de palabrotas poco académicas.

Esta metamorfosis del templo en taberna y de la taberna en templo, explica

el error de Estrabón y su polémica con Herodoto; afirmaba el primero la gran religiosidad de los romanos, citando su paseo a lo largo de la Vía Latina, donde contó hasta cien templos consagrados a distintas divinidades, mientras el segundo se lamentaba de la corrupción del pueblo de César, citando como prueba de ella la profusión de templos del placer extendidos en todo el camino de Neapolis a Roma. Se ve que los dos distinguidos historiógrafos habían hecho su viaje en épocas distintas del año, y ya se sabe que cada historiador habla de los hombres y de las cosas según las copas y medias copas que aquéllos le hayan pagado.

Tirteo se aproximó a la cuadriga invitativo.

—¿Queréis que os traigan algo?

—Yo sí—dijo Fulvia con cierta voracidad.

—Yo no tengo ganas de nada—exclamaron al unis Agata y la mayor de sus hijas.

—Os advierto que hay unas lampreas de Caribdis y unos churros de Betulia que están diciendo: devoradme.

—¿Churros? ¡Los dioses me protegen!—rugió Agata tornadiza—; mira, Tirteín, tráeme amplia colección de ellos; los que no me coma, los brindaré mañana

como ofrenda en el ara de Venus Calaguritana.

Tirteo cumplió el encargo, y un mozo de leves años condujo a la carroza una batea de copas de anís de Farsalia y una bandeja poblada de montículos churriguerescos—ya se sabe que los churros los inventó Churriguera—; en el arco de entrada a la taberna, una mujer gorda, con los labios chorreando grasa, se consagraba a la fritura de unos barbos tibetanos rehogados con harina de amapolas. Sonreía satisfecha mirando de reojo al grupo de los viandantes.

La familia Membrina, olvidada por

unos momentos del brillo de su estirpe, devoraba los exóticos manjares entre la majestad brillante de la campiña; la luz algo quebrada de la hora nona alumbraba las frecuentes libaciones.

II

Brillaban sobre las aguas del Tirreno las tejas relucientes del caserío de Bayas: un resplandor fosfórico rodeaba el aglomerado montón de *villas*, *domus*, palacios y palacetes que formaba la espléndida estación de placer donde los romanos del siglo de Augusto revolcaban sus cuerpos durante el verano en una orgía permanente. Aquella mañana, a la hora *tercia*, las aguas azules del mar histórico re-

flejaban la pureza de un cielo impecable, hoy más impecable que nunca, sin duda teniendo en cuenta que en él íbamos a comenzar el desarrollo de nuestra interesante narración.

Desde los abruptos escarpados de la isla de Capri hasta las frondosas orillas de Ischia y Procida, una inmensa sabana se extendía, esmaltada a trechos por la albura de unas velas latinas de otras tantas embarcaciones: esto de la sabana es muy socorrido cuando se trata de pintar el mar; yo no sé a quién se le ocurriría el primero la comparación, lo cierto es que la frase ha hecho fortuna, y la tal sabana viene a ser un cómodo recurso

cuando, en medio de una descripción vibrante, no se tiene otra palabra más a mano.

Por la calzada que en Capua nacía de la unión de las vías Apia y Latina, avanzaba majestuosa una comitiva de viajeros; la familia Membrina, al aproximarse al término de su camino, adoptaba un aire de majestad muy propio de las circunstancias. La noche anterior, pasada en una hospedería de Cales, había sido verdaderamente *toletana*: la aglomeración de viajeros dificultaba hasta el absurdo el alojamiento, y Tirteo había tenido que pasar la Vigilia y la Matina en un catre etrusco colocado al fondo de un pasadizo

frontero a la cocina; el resto de la familia se había acomodado—digámoslo así—en el *tinaculum*, restregando sus miembros en las asperezas de unos lechos improvisados sobre el tinajero, y padeciendo los conflictos morales producidos por una invasión de *cimes lectularius*—chinchas, como les llamaban los plebeyos del Trans-tíber—, a cuyo lado, la invasión de los galos, era un rigodón de Versailles.

A la hora prima, renovadas las caballerías y estirados los miembros de los viandantes en un clásico desperezo, la comitiva se puso en marcha, atravesando las huertas que riega el Volturno y dejando a la izquierda las dehesas y terrenos

baldíos que llegan hasta Capua: Este poblado, de cuyas delicias se hacían lenguas los cronistas de salones de la época, era uno de los sitios más aburridos de todo el Imperio; lugar cercano a la costa, pero lo suficientemente alejado de ella para que los efluvios marinos no llegasen hasta allí, era el paraíso de los viejos reumáticos y de las matronas emponzoñadas por el vicio, que, no queriendo pasar en Roma los días caniculares, se veían privados de disfrutar la caricia del mar en Bayas o en Neapolis, por miedo al recrudecimiento de sus achaques vergonzosos. Con tal parroquia, ya puede el lector imaginarse cuáles serían las delicias y los

placeres de tan cacareado lugar; durante el estío, todas las distracciones consistían en unos conciertos de cítara, salterio y oboe, dados en la más aristocrática de las tabernas de la vía Manubia, por elementos de la Sinfónica de Roma, y en las excursiones a una próxima fuente, cuyas aguas tenían fama de bicarbonatadas, estando señaladas como infalibles para la dispepsia y para conjurar las iras de los dioses: la fuente exhalaba su líquido gota a gota, y sólo los días nefastos, pues los fastos había que entregar una propina al fontanero para que dejase pasar por una puerta excusada y amorrar a placer en el depósito ancestral.

Los veraneantes que iban a la orilla del mar, pasaban por Capua sin detenerse y frunciendo el rostro con una mueca de desdén; ¡bah!, aquello era sencillamente despreciable: ellos iban en busca de las ciudades, todo placer y bullicio, a remojar el cuerpo en los dominios de Neptuno, ya que una avariosis con desviaciones articulares no les impedía el tal remojo.

Cuando la familia Membrina salió de Capua, respiró satisfecha presintiendo la llegada; el diálogo se inició en un terreno de preparativos de acomodo, ya frente al mar, que era como la anhelada meta del viaje:

—Yo supongo—gorjeó previsora la

madre—que Calia lo tendrá todo dispuesto.

—Mamá, ¡por Júpiter! Está avisada hace un mes.

—Sí, pero a lo mejor, a última hora, se presenta un extranjero que da más, y nos quedamos en la calle—digo en la vía—, rectificó Agata, que se había olvidado de que estaba en la Roma de Augusto.

—¡Re-juno!—gruñó Tirteo—; sería una traición.

—¿Y qué? No olvides que Calia es hija de un sacerdote de Júpiter vengador, y de una tía suya.

—¡Empíreo! ¿De una tía de Júpiter?

—No; del sacerdote.

—¡Ah! En ese caso...—exclamó convicto Tirteo.

—Lo que a mí me fastidiaría es que tuviésemos la misma vecindad que el año pasado.

—Y a mí.

—¿Quiénes?

—Las de Cayo Serón.

—¿Marcia y Tomasa?... ¿Por qué?
¡Si son tan buenas chicas!

—Óptimas; pero eso de que tiendan en el atrio la ropa interior del *pater familias* antes de sumergirla en la lejía es bochornoso. ¡Se ve cada vestigio!...

—Además eso se opone a la *Lex Julia de fluminis*.

—Ya sabéis que en el estío, y más en estos sitios, hay cierta tolerancia.

—Bueno; ¿y el espectáculo que daban después del Vésper, al hablar con los novios por el evacuatorio del jardín?

—¡Ah, ya recuerdo!... Vamos, ¡mira que eso! La licencia llegaba al absurdo; allí se faltaba a todos los preceptos de Diana.

—Y es bien desagradable tener que presenciario—dijo Fulvia, que de niña había estado unos meses en la Galia Cisalpina.

—Sí, es bien desagradable—intervino

filosófico Tirteo—, sobre todo cuando no se dispone de un novio y de un evacuatorio para hacer lo mismo apenas cae el Vésper.

— ¡Cínico! ¡Voluptuoso! ¡Troglo-dita!

La madre cortó en sus comienzos la disputa, invitando a la prole a contemplar el espectáculo de la Naturaleza.

—Mirad, mirad: ¡qué hermoso!

Era, efectivamente, deslumbrante el cuadro, apenas se alejó un poco a la izquierda el promontorio de Nisita, abrupto y verdeante a un tiempo, dejando al descubierto todo el golfo de Neápolis, con su peculiar olor a maca-

rrones al *gratin*. La vastísima ensenada, brillante en sus orillas con el festón plateado del oleaje rompiendo en la roca o en la arena, parecía a aquella hora una gigantesca sartén en cuyo círculo se estuviera condimentando una tortilla de terciopelo... La frase es atrevida, pero no me negarán ustedes que sabe a Víctor Hugo y que es de seguro efecto.

La forma animal del islote de Capri, donde a la sazón vivía sus tedios de misógino el cursi de Tiberio, mientras su mujer—la hermosísima Julia—refocilaba su cuerpo en Bayas, de orgía en orgía y de ponche en ponche, era algo así como un símbolo, tapando la vista inmen-

sa del mar, padre del mundo, como un pedrusco caído al acaso entre la punta Campanua y la mole inmensa de Ischia. Capri, con su Tiberio dentro, impedía a los veraneantes del golfo la visión completa de la infinitud del mar, como el propio Tiberio—con su influencia cada día más creciente en el ánimo de Augusto—impedía al pueblo romano extender la vista por amplios horizontes de libertad y de progreso, que hubieran hecho la felicidad de cualquier orador de mitin de los míseros tiempos actuales. Un paisaje sin símbolo es como un bisté... sin patatas y sin bisté: al paisajito que por clasificación nos ha corres-

pondido describir ahora hemos tenido la fortuna de encontrarle un símbolo, librándonos así del ridículo. No me negarán ustedes que es una *trouvaille*, como decían con tono exótico los socios del *Juvenalia*.

Tirteo, dando un vistazo al panorama, se volvió a la matrona que le había llevado en las entrañas y le dijo despectivo:

—Sí, mamá; lo mismo que el año pasado.

—¡Qué escepticismo más elegante!— dijo Porcia con sarcasmo.

—No, no; ya sabéis que a Tirteo no le conmueve la Naturaleza.

—¿Y qué es lo que le conmueve?

Llegaban a las primeras *domus* de Bayas, y se vieron rodeados de pronto por una muchedumbre bulliciosa; era el eterno jubileo de los meses del verano: los mercaderes se asomaban a los pórticos de sus tiendas, mirando a los que llegaban, como el lobo en acecho pudiera mirar al corderillo inocente que se aventura cerca de su guarida por senderos desconocidos.

Doblaron una calle, limpia y cuidada, y de lejos divisaron las columnas de la villa *Casiopea*, blanca y esbelta como una azucena. Una mujer bajita, pero bella como un tarro de Istria, se alzaba sobre la punta de los pies, queriendo cono-

cer a los que venían en la cuadriga; cuando ésta se acercó, la mujer bajó a la vía dando aullidos de júbilo:

—¡Oh! ¡Diana me protege! Ya están aquí... ¡Ave, matrona! ¡Ave, capullos de madreselva! ¡Ave, tallo de cedro albanés!—El *tallo* era Tirteo—. Venís a vuestra casa: todo en ella os espera.

Agata sonrió satisfecha. Vamos, a lo menos por esta vez, Calia se había olvidado de su origen traicionero y desleal.

III

Augusto tenía la costumbre de pasar todos los años en Bayas los veinte primeros días de su mes—el de agosto—. El día antes había llegado, y en esta mañana, a la hora del baño, la gran playa ofrecía un aspecto deslumbrador. A los habituales concurrentes de todos los días se agregaban los curiosos que esperaban el paso del Augusto, cuya tienda de *impluvium* se alzaba allá, junto a las rocas de Misena,

custodiada por una guardia de pretorianos.

Los que hemos tenido la desgracia de venir al mundo veinte siglos después de la venida del Mesías, no podemos formarnos ni una idea aproximada del espectáculo que aquella mañana ofrecía el kilómetro de fina arena extendido junto al mar, ante la vía principal de Bayas. Estaba allí *todo Roma*, y hay que tener en cuenta que Roma era entonces todo el mundo: cuanto en la ciudad de la loba valía y representaba, todo ser—hembra o varón—que en la urbe eterna daba brillo y realce a cualquier rama de la actividad y del placer, patricios y matronas, fun-

cionarios y cortesanas, jurisconsultos y *souteneurs*, mercaderes acaudalados y elegantes sin dos sextercios, se habían trasladado a la orilla del mar como quien cumple un deber religioso.

Bajo los tinglados de lona—que una brisa suave agitaba—se formaban corrillos en que todo chisme tenía su asiento, y en que, por no tenerlo, habían de permanecer en pie varios jóvenes patricios, como escolta de honor de las bulliciosas damiselas. De trecho en trecho se habían establecido elegantes biverios en que unas jovencitas impúberes, con el pelo suelto y los brazos al aire, servían al aristocrático concurso refrescos de nueces del Janículo

y copitas de madreselva alpina. Unos ciegos cantores, precedidos de un can y de su señora, decían a la multitud estrofas de Homero o el último soneto de Ovidio, terminando su canción con aire humilde, mientras alargaban la mano en demanda de un denario *para ayuda de un "panem de Ceriis"*.

Los *novatori* corrían de un lado para otro, seguidos siempre de una turba de chicuelos: cuando creían llegar a un sitio donde el público se ofrecía compacto, detenían su carrera, abrían una escalerilla de mano que llevaban cruzada a la espalda, y, encaramándose en ella cara a tierra, empezaban a referir a gritos las

últimas noticias recibidas de Roma, de las Galias, de Armenia, del mundo entero. Eran los rotativos de la época: el público les escuchaba con religioso silencio, lleno de respeto hacia aquellos hombres que lo sabían todo a través de montes y de mares; pero cuando comunicaban una nueva desagradable, cuando narraban que una legión entera había sido deshecha por los partos en un desfiladero de Monte-orino, o anunciaban que el *prefectus urbiis* de Roma había decidido subir la tasa de las habitaciones—vulgo alquileres—desde el mes próximo, la multitud, enfurecida, la emprendía a golpes con el noticiero, haciéndole descender de la escalinata y aca-

bando por arrojarle al mar como castigo a la malicia de su lengua.

Del mar salían y en el mar entraban sin cesar los bañistas, que dejaban la toga sobre la arena de la orilla, para ocultar rápidamente su desnudez en la caricia de las aguas; unos entraban en grupos, cogidos de la mano como en las zarzuelas; eran por lo general los tímidos, los irresolutos, senadores que tenían más miedo al mar que a todas las llamadas al orden del presidente; matronas graves de aspecto ballenero, cuyo exceso de grasa les hacía temer—si se arriesgaban solas en los dominios de Neptuno—ser cogidas con arpón por las trirremes de los *pescato-*

ri, que allá, en las inmediaciones de Nisita, aguardaban horas y horas la llegada del pez gordo que les sacase de apuros para una década. Otros, en cambio, cultivaban el individualismo, entrando y saliendo del agua sin más compañía que unas calabazas de Sorrento, o unas pirámides de corcho sujetas bajo las axilas. Alguna dama hermosa y deslumbrante, que allí, junto a las espumas playeras, parecía Venus en espera de contrata, soltaba con majestad el manto de linón en manos de una esclava, quedando unos instantes en plena mostración de desnudeces, sin más recato sobre su cuerpo que un justillo de un palmo de anchura que

oprimía con suavidad los bajo relieves del vientre. ¡Soberbio! Los más vivaces jóvenes del patriciado abandonaban por un momento la tertulia, para acercarse a la orilla a contemplar de cerca la belleza eterna; pero la dama, gozando con la burla, se zambullía de repente apenas los veía llegar, dejándoles con dos palmos de narices al brillo del sol.

De vez en cuando se oían voces angustiosas, ayes de socorro, y se veía a una de las trirremes que poblaban la ensenada partir veloz hacia un sitio determinado: era algún atrevido que se había arriesgado en la natación hasta Misena, y luego, para volver, había de hacerlo a remolque

como si fuera un fardo de lampreas. Pasado el susto volvía la calma y el tranquilo bullicio a los espíritus: se charlaba, se reía, se chupaban golosinas y se cortaban trajes para vestir con ellos a algunos de los que desnudos se bañaban, o de los que vestidos paseaban por la arena. Las damas más honestas alternaban la conversación con la labor de ganchillo—*utili dulce*—, mientras los chiquitines, entregados al brazo secular de las nodrizas de los Apeninos, jugueteaban en la arena con perfecta inconsciencia de su destino.

En una de las pequeñas *domus* formadas con lona y troncos de abeto, en el centro mismo de la playa, encontramos

personas conocidas. Agata y sus tres hijas forman corro con las dos chicas de Cayo Serón y dos matronas, una de ellas esposa de un senador, y la otra viuda de un sacerdote de Venus; Tirteo y los dos novios de las dos Seronas, forman el elemento masculino de la reunión, juntamente con un joven pálido y ojeroso que aspira a ser pretendiente de Porcia, y con Claudio Papullo, el procaz jovenzuelo *que todo se lo contaba* a Tirteo. Se comentaban los últimos ecos de sociedad:

—Mañana llegan las de Agio Crepino.

—¡Cómo!... ¿Esas cursis?... Pues es el primer año que salen.

—¡Oh! Es que ahora están en gran-

de... ¿no veis que al padre lo protegen los dioses?

—¿Por qué? ¿Lo han hecho tribuno? ¿Procónsul acaso?

—Nada de eso; pero se dice que la contrata del granito para el nuevo templo de Vesta le está dejando un capital.

—¡Qué empedernido! Es un comercio ruin.

—Sí, pero a costa de él, las chicas han dejado de surtirse de ropas en el *Aguila*, esquina al Foro, y hoy las viste Casiolo.

—¿El griego?

—Sí.

—¿Y quién las desnuda?

—¡Porcia!

—No te asustes, mamá; esas cursis son capaces de todo.

—Hombre, ¿a que no sabéis a quien vi ayer en el *Palacio de Baco*?

—¿A quién?

—A Curcio.

—¡Imposible!

—¿Estás seguro?

—Si hablé con él.

—Habrá venido a pie.

—Y para tres días.

—¡Ah, y menos mal que ha venido!

—Sí, porque otros años ya sabéis lo que hacía: por ahora desaparecía de la circulación, y ya no se le volvía a ver el pelo hasta las calendas de Septiembre. El

hacía correr la voz de que había salido para sus posesiones del lago de Lebri; pero a mí me consta que pasaba la canícula metido en un lebrillo en su casa de Roma, leyendo poesías obscenas para defenderse de los rigores de la temperatura.

—¡Qué farsa!

—¿Y lo de su boda con Tácita, será también una farsa?

—Para mí, sí.

—Puede que no; después de todo, Tácita y él vienen a ser de una misma edad.

—Sí; ambos han presenciado la coronación de Numa Pompilio.

—En algún cine; porque ella es de mi edad.

—Por Júpiter, Agata, no digas eso. No te suicides de ese modo.

—Sí, sí; te aseguro que sí. No pasa de los cuarenta.

—¡Claro! Ya no. Esas cosas no se pasan más que una vez.

—Pero, Claudio, verás: yo contraje justas nupcias... ¿qué año fué?... ¿Tú recuerdas, Tirteo?

—No, mamá; yo no estuve allí. Eso, papá.

—Sí, ¡lo que es tu padre!... ¡Buena cabeza tiene!

—Repito que tú sabrás...

El remolino de la gente cortó la charla de todos: "El Augusto, el Augusto." Una masa de cívés avanzaba por el centro de la playa, dejando en medio un claro de respeto y majestad. *Ya está ahí*, gritaban por todas partes; y a los gritos seguía un silencio, como si el mismo Júpiter hubiese bajado a la tierra y fuese a pasar por allí con un paraguas debajo del brazo.

Se formó calle ante los cobertizos: la familia Membrina y sus tertulianos se encaramaron sobre los asientos para gozar en toda su plenitud el grandioso desfile.

Venían primero los lictores con las *facies* al hombro y unas campanillas en la mano izquierda, que agitaban sin ce-

sar anunciando al público el paso de la Majestad; doble fila de pretorianos seguía con rigidez antiespasmódica, dejando en medio dos *signifer* portadores de otros tantos pendones, el del Augusto, y el de la ciudad de Bayas, que, sin duda, por alegoría, afectaba forma de bacalada; cuatro patricios del séquito palatino portaban, en bandejas de plata, los atributos que el César necesitaba para el baño: uno de ellos conducía una soberbia esponja de Ceylán, traída a nado desde el lejano Oriente por un esclavo que, habiendo sido condenado a muerte, salvó la vida con la promesa de ofrendar al Senado un producto exótico hasta entonces desconocido

en Roma; como los senadores no tenían para empezar con una sola esponja, decidieron regalarla al jefe del Estado, que se frotaba con ella las augustas cascarrias los días solemnes únicamente; otro de los patricios llevaba una pastilla de jabón que había pertenecido a Tarquino Prisco—el rey más sucio de Roma, según Mommsen—, y el tercero conducía un amplio lienzo de paño de Lyon, destinado a enjugar las carnes de Augusto después del baño; el cuarto y último porteaba con gran cuidado, como quien lleva algo sagrado, una muda completa de ropa interior, formada por todo el surtido, desde la *vesta*, delicada y olorosa, al par de

calcetines de lana de Tridente, tejida a uña por los huéspedes de la cárcel Mamertina. Un rayo de sol iluminó la majestad de Roma: Augusto, con su cojera no mal disimulada, los áureos rizos que una calvicie deshecha había respetado, y el ojo derecho verdoso y sagaz empañado por la lente tras de la cual atisbaba a la multitud a derecha e izquierda, pasó solemne, majestuoso, excelso, con toda la excelsitud y la majestad que correspondía al amo del mundo, y que era compatible con los movimientos de un cojo caminando por un suelo de arena. La toga—algo *entravée*—llevábala recogida hacia la cadera derecha, mientras un esclavo de

tres metros de estatura abría sobre sus espaldas un quitasol, amplio y voluptuoso, como traído de la lejana Cirica. A su lado, impertinente como correspondía a su oficio, iba Clayàs, el célebre bufón de la corte, hombre a cuyo lado era imposible la risa como no se equivocase al soltar un gracejo.

—¡Ave, César! ¡Vitor *Imperator*! ¡*Salutem pluriman*, hijo de Júpiter!— gritaba la masa, ebria de majestad y de admiración.

—¡Hombre... tanto como hijo!...— contestaba el César con modestia.

Venía el séquito de altura: el prefecto, los ediles, los jefes de la guardia preto-

riana, uno de los cónsules que veraneaba en Bayas, con una yegua del mismo color, los patricios de guardia.....

.....
... pero no podemos continuar la narración. Algo grave acaba de ocurrir en la caseta de Agata, que lleva a todos los semblantes un gesto de tragedia: Tirteo, que desde el comienzo del desfile está colocado junto a Marcia, haciendo traición al novio merced a unos tocamientos proculeyanos, acaba de venir al suelo privado de sentido común. Estas privaciones eran en él frecuentes, a pesar de tratarse de un sujeto que—por falta de creencias morales—no acostumbraba privarse de

nada; pero nunca habían revestido la forma trágica de ahora: el labio fruncido, la vista extraviada, los puños erizados, los cabellos vibrantes, exhalaba vocablos de prostíbulo entre espumarajos de choto sin nodriza.

—¡Maldición! ¡Los dioses infernales me tienen tirria!... ¡Es él! ¡Es él!... ¡Me persigue!... Tendré que emigrar a Vicálvaro...

La madre, las hermanas, los amigos le rodearon solícitos:

—¡Por Dios, Tírteo! ¡Qué te pasa!... ¿Te persiguen las furias?... ¿Acaso un acreedor?... Vuelve *en sí*...

—¡Mamá, por Ceres! Se dice vuelve en ti...

—¡Déjame en paz!... ¿Estamos en la Academia?

—Tirteín, ¡por Diana! Vuelve, aunque no sea más que por unas horas—decía Marcia afligidísima.

Pero el poseso no volvía: había cesado en sus movimientos, y no daba más señales de vida que unos ronquidos que parecían terremotos.

Porcia, más serena, y también más práctica que los demás, abandonó el carro y fué a mirar el séquito de Augusto: no tardó en hallar la clave de todo. En segunda fila, confundido con los demás

cortesanos, iba Semprino, el pretor cuyas cuatro hijas había *estropeado* para siempre el calavera de Tirteo, deshaciéndoles el porvenir en una *chaise-longue*, después de un festín pantagruélico. Aquel padre, ultrajado en lo más tierno de su honra, había jurado vengarse ante el mostrador de una de las tabernas del Foro, y su venganza era cruel: casar al impúdico mancebo con sus cuatro víctimas, como reparación y como afrenta. Sin duda había adivinado la partida del seductor para Bayas, y se había hecho agregar al séquito de Augusto para realizar su proyecto sobre la marcha.



I V

Los hombres de hoy y los que han venido al mundo después de la revolución francesa, no conciben al pueblo romano más que sumido en la orgía y en la crápula; para muchos distinguidos historiadores, los habitantes del Lacio y de sus colonias no hicieron otra cosa más que divertirse sin freno y escribir libros de derecho; una y otra cosa vienen a ser lo mismo en última instancia, pues si hay

tratados de *Jure Romano* que parecen una orgía por su incongruencia y dislocación, también había—bajo Nerón y Diocleciano—orgías que asemejaban libros de Derecho por su sosera y pesadez.

Esas dos ocupaciones que, según el vulgo, fueron todo el quehacer del pueblo-rey, no son más—para nosotros los hombres doctos—que dos polarizaciones externas del alma virgen de un pueblo y de una raza. Los que hemos leído a Carbanio en su lengua nativa—el indopersa—sabemos que los hijos de Rómulo hicieron algo más que beber falerno en cubos y crear prácticas leguleyas, sin

las cuales los más acreditados bufetes de abogado de las urbes modernas serían una especie de despacho de billetes para una novillada en día de nevada o de *aplech* católico.

¡Vaya si hicieron algo más los nietos de la loba! Por todos los puntos de la tierra adonde alcanzó su poderío, los romanos se encargaron de construir unas ruinas, cubrirlas sabiamente de tierra y dejarlas en paz para que, al cabo de los siglos, viniesen unos buenos amigos, arqueólogos por temperamento, a extraer del generoso presupuesto de Instrucción pública unas pesetas para ayuda de unas excavaciones tan civilizado-

ras como inacabables. ¡Ah, las ruinas romanas! Vivimos sobre ellas; donde menos se piensa surgen un circo o un anfiteatro, y debajo de un mercado de ganados palpita el alma de un templo de Vesta. Yo no pienso morirme sin ver que un cultivador de la prehistoria nos demuestra, piqueta en ristre, que debajo del Ministerio de la Gobernación están los cimientos de una cloaca máxima, construída en tiempos de Tarquino el *Soberbio*, y cuya entrada principal estaba en el sitio que hoy ocupa la Ordenación de pagos. ¡Ah, los romanos! Si no hubieran existido habría que inventarlos..., aunque esto ya se hace:

donde no hay vestigios suyos y hacen falta, se inventan.

Pero, en fin, el hecho es que una narración de hechos y costumbres de Roma en la que no figure una orgía será siempre una decepción para el público; la orgía es lo que ha quedado como característico de aquella época gloriosa, así como las discusiones de presupuestos será lo que quedará como característico de esta nuestra época miserable y anfibia.

Sigamos, pues, el patrón marcado, aunque teniendo siempre como guía de nuestra péñola la eterna veracidad de lo que narremos.

El Palacio de Baco era en Bayas lo que el Gran Casino es en las playas modernas: el nombre, en este caso, no hacía a la cosa, y aquel centro de distracciones de la colonia veraniega—donde el propio Augusto concurría un par de veces durante la *season*—era un lugar culto y mundano, bullicioso, pero elegante, donde se hacía música, se danzaba, se jugaba y se reía, pero todo ello dentro de una suprema corrección que Baco y sus secuaces no conocieron nunca ni de oídas.

Situado en una ligera elevación del terreno al final de la playa, hacia Misena, brillaba por las noches con el fulgor de las cien antorchas de su fachada, que

irradiaban en el mar un círculo de luz movedizo y fantasmagórico. En medio de la obscuridad nocturna, era algo así como un faro que atraía a todos con irresistible invitación, y todos, damiselas y matronas, cortesanas y senadores, patricios y calaveras, acudían a sus veladas con una puntualidad irreprochable; el sendero, bordeado de abetos, que desde el final de la vía Neapolis conducía al gran atrio de honor, era, desde el Vésper, un hormiguero de elegancias cuyo lento desfilar alumbraban a trechos los cuerpos embreados de unos esclavos ligures, que ardían toda la noche sin exhalar una queja,

metidos en una especie de macetas de Alcalá.

Pero... seamos francos, como decía Macaulay, en circunstancias parecidas: la colonia romana no se divertía en el Palacio de Baco. Acudían a él las chicas en busca de novio, los jóvenes en busca de una púber que quisiera librarlos de los rigores de la flamante *Lex de maritandis ordinibus*, tan severa y despiadada contra los célibes, que parecía hecha por La Cierva; las matronas lucían sus tocados, nuevos para cada noche; los patricios se internaban en la sala del crimen para el cultivo de la martingala favorita...; pero el socio que quería divertirse de veras,

ya sabía lo que tenía que hacer: penetrar en el palacio, seguir a lo largo todo el *atrium* central, pasar distraído por el aposento de las cloacas y salir al campo por una puerta semi-excusada, siguiendo a tientas durante diez minutos hacia la izquierda.

No había luz en el horizonte visible; de pronto, en lo más alto del montículo, frente al mar, aparecía un tenue y agonizante resplandor que lo mismo podía ser una estrella del lejano Empíreo que una bombilla eléctrica de cinco bujías, tuberculosa por el uso. Siguiendo aquella estrella—como quizá por aquellos días tres reyes de Oriente seguían otra para

venir a parar en un pesebre—se llegaba a puerto de salvación; no era un pesebre precisamente, pero tampoco se distanciaba mucho. Era *El Palacete*, taberna tenida por un frigio, antiguo comisionista de gorros de su país que, al retirarse de los negocios de Mercurio, vino a dar en los de Baco, en comandita con Venus y Terpsícore.

Era una casucha no más ancha que un tranvía de las Ventas, sucia y mal oliente, con un mostrador de cañas de Sicilia y tres *tabulas*, cada una de ellas coja de un pie distinto: en la puerta, encarada con el mar, había un soberbio parral bajo cuyo dosel se apiñaban los taburetes y los

triclinios usados. En *El Palacete*—llamado así por su proximidad al Palacio de Baco—pasaban la noche aquellos elementos salidos de la refinada concurrencia del Gran Casino próximo, que no encontraban suficientemente divertidos ni los conciertos que se daban en la terraza, ni las danzas con que terminaba la velada el elemento joven, que, lo mismo en Roma que en Madrid, se ha distinguido siempre por su ñoñez inaguantable; al lado de esos *habituales*, cultos y distinguidos, estaban los otros, los que daban carácter y ambiente a la reunión: mato-nes y *souteneurs* de la Suburra y de Transtíber, cortesanas de a sextercio la

hora, venidas de Roma para la *season* en unos cajones tirados por bueyes para hacer más económico el transporte; danzarinas y danzarines con sus crótalos muy bien puestos; floristas que se decían antiguas vestales, desertoras del oficio por haber dado a luz fuera de los días marcados; tocadores de cítara y de bandurria; apaches de la Puerta Metronia, tahures y fulleros, antiguos legionarios que, según ellos, habían estado en Accio y en Cantabria... Todo ese fermento de las grandes civilizaciones, toda esa carroña de las urbes prósperas, que parece ser la secuela inevitable de los pueblos que han

marcado su paso por la Historia desde Stambul a Betanzos.

En *El Palacete* se bebía, se cantaba, se reía, se jugaba, se pagaba... a veces; pero siempre se amaba, se vivía y se blasfemaba. ¡Ya ven ustedes si era un lugar divertido! ¿Qué era aquello? ¿Un prostíbulo o un *cabaret*? ¿Un *tupi* o un patio de Monipodio? ¿Un presidio suelto o un café cantante? ¿Un lupanar o una casa de préstamos?... Yo no lo sé: Suetonio nada dice, Tácito calla, Herodoto enmudece, y hoy día, Momsen no habla de ello y Lafuente corre un velo sobre tanta miseria. Fácilmente se comprenderá que,

si varones tan ilustres lo ignoran, yo debo seguir ignorándolo.

La noche es de una majestad indescriptible: en mi larga vida de noctámbulo no recuerdo de otra tan majestuosa. En el ambiente hay una serenidad inefable: el cielo y el mar, dormidos en un ensueño azul, dejan en medio a la tierra, gris y amazacotada como una pieza de paná verde; el inmenso golfo de Neapolis parece exhalar un aroma a marisco que despierta los más nobles de nuestros sentidos; aquellas aguas que han presenciado las páginas más brillantes de la historia del mundo, parecen evocar en nosotros recuerdos de amores, de sangre, de car-

cajadas, invitándonos a entonar una de esas canciones napolitanas que en labios de Tita Rufo nos hacen olvidarnos de la vida, y que tan bien cantan todos los barberos de Nápoles. Capri duerme sus tristezas, sin que un sólo punto luminoso altere el manchón negruzco de su mole; la punta Campanna se adivina, más que se ve, allá en los confines del infinito. Nisita, Prócida e Ischia ponen un ligero tono obscuro en el azul-sardina de las aguas. Bayas no se ve desde allí: más vale así; por la parte de tierra se oye el canto ritual de los grillos y de las carótidas, se adivina, lejos, muy lejos, el perfil brusco de los Albanos, y en los viñe-

dos que rodean la pequeña colina en que nos hallamos, se siente crecer la glucosa de los racimos, y, aguzando un poco el oído, se escuchan también los pasos cautelosos de los ladrones de uvas, que, aprovechando la negrura del ambiente, coadyuvan a la pequeñez de las cosechas en mágico consorcio con la filoxera y la langosta.

Todo es calma, todo es dulzura bajo las estrellas: se presiente algo grandioso, y parece que el autor de tanta grandeza —hemos nombrado al Supremo Hacedor— va a empuñar una batuta ideal para dirigir, de acuerdo con las sirenas del mar y los gnomos de la tierra, ese pre-

ludio de la eterna sinfonía de la Creación que nadie hasta el día ha acertado a componer: ni Beethoven, ni Quinito Valverde.

Bajo el parral de la entrada hay un corro de seres humanos, entre los que se hallan dos conocidos nuestros: Tirteo Membrino y Claudio Papullo. Tirteo, huyendo de los sitios públicos—siempre con la pesadilla del pretor Semprino ante su conciencia—hase refugiado en *El Palacete*, en compañía de su futuro cuñado, y, ¡por Júpiter, que no le pesa! Su alma, llena de nostalgias, ha encontrado un consuelo y un refugio en aquel ambiente canalla.

La orgía, esta noche, es de las sordas; desde hace un año Roma se siente subyugada, dominada por un espectáculo nuevo traído de la Bética. Un mercader de los que hacían varias veces al año la travesía entre Ostia y Gades, llevando al Lacio mosto de Malaca, y trayendo a Malaca y demás puertos del litoral bético el trigo y los rábanos del Lacio, tuvo un día una idea genial: en el puerto de Gades cargaba nuestro hombre grandes ánforas de manzanilla de Protea (hoy Sanlúcar de Barrameda) cuando pensó que tal vez sería un negocio llevar a Roma una de aquellas falanges de danzarinas y pulsadores de la tierra, célebres ya en

todo el mundo, aunque sólo de oídas eran conocidas.

Lo pensó y lo hizo; diez y siete personas, entre hombres y mujeres, formaban el cargamento con que el noble mercader se alejó de las costas hispánicas, con rumbo al triunfo de la ciudad eterna; la travesía fué feliz; durante ella, las diez y siete enviadas y enviados de un arte nuevo se bebieron hasta la última gota del cargamento de líquido de Protea que les servía de lastre. El lastre pasó a serlo de sus estómagos respectivos, con gran contento del dueño de la nave, que todo lo daba por bien empleado ante la proximidad del éxito. En Ostia, los con-

signatarios de la manzanilla armaron al mercader una bronca ojival, al darse cuenta de que en vez del producto pedido y esperado, les traían una buena remesa de consumidores de él, cuya utilidad en la vida aún no comprendían los groseros mercachifles ostianos. ¡Siempre ocurre lo mismo con las primeras manifestaciones de todo arte nuevo y revolucionario!

Pero llegaron a Roma los artistas y aquello fué una apoteosis explosiva; debutaron en un solar de la vía Viminalis, habilitado, al efecto, con cuatro trapos y dos palos erguidos, y tal fué el éxito, tal el entusiasmo, que a los pocos días se pre-

sentó al Senado una proposición firmada por treinta senadores de los más libertinos, pidiendo que el antiguo templo de Vesta de la puerta Porcina fuese desalojado y convertido en teatro de danzas béticas, especie de edificio social del nuevo arte que venía a transformar el mundo. La irreductible oposición de los puritanos—vil ralea inmunda y conservadora de viejas carroñas—hizo que el proyecto fracasase; pero, a los pocos días, un grupo de patricios jóvenes, se dice que capitaneados por Julia, la propia hija de Augusto, extremo que no hemos podido comprobar a pesar de haber buceado con interés en los archivos de la época,

tomó a su cargo la construcción del nuevo teatro, que no tardó más de un mes en alzarse, blanco, coquetón y risueño, en plena vía Quirinalis. Aún se conservan sus cimientos y un resto del tablado, y el que visite Roma hoy, después de veinte siglos, podrá verlos en una calle amplia, cuyo nombre no recuerdo, no lejos de la Embajada de España.

Los espectáculos del circo decaían; las sesiones del Senado tenían que levantarse por falta de número; los negocios públicos y privados se abandonaban, pues allí la gente, alta y baja, no atendía más que a las representaciones del teatro Bético, que así se llamaba el flamante

edificio. Varias impúberes del más alto patriciado abandonaron la casa paterna para dedicarse a danzarinas, y no era flojo el sobresueldo que se sacaban los dos maestros de la *troupe*—el veterano Telemas y otro más joven llamado el *Niño de Egabra*—dando lecciones de cante y baile a domicilio en las *domus* más linajudas del Esquilino.

Fué un furor; los consignatarios de Ostia se arreglaron con el mercader arriba citado para que éste, en sus repetidos viajes, prescindiese en absoluto de los caldos y de los mostos y se dedicase a portear remesas de artistas con que satisfacer las inmensas demandas del orbe

entero. De Roma pasó el género a provincias, y en las selvas lejanas de la Germania, y en los llanos serenos de la Armenia, el crótalo innovador resonó como un himno de alegría; claro que sobrevino lo inevitable: la demanda fué mayor que la oferta, y la mitad de las modistillas de Crépulo y Mercino abandonaron el divino arte de Penélope (!!) para aprender a ondular el cuerpo con las divinas contorsiones de la danza meridional. Una vez aprendido el oficio, todas variaban de nombre y hasta de naturaleza, pues para dar más *cachet* a la cosa, se hacían pasar como nacidas en Gades, aunque

hubiesen visto la luz primera debajo de un catre de un prostíbulo de la Suburra.

El *Niño de Egabra* y cuatro danzari-
nas del Bético eran el alma de la fiesta
de *El Palacete* en esta noche memora-
ble; bajo el parral se ha armado el jaleo,
y una triste candileja, colocada en el
quicio de la puerta, alumbra tenuemente
el cuadro, dando a todo ello un tinte
misterioso, muy en armonía con el espí-
ritu del nuevo arte, todo sangre y tinie-
blas. En medio de la pureza de la noche
resonó la dulzura desgarrada de unos
tientos que el *de Egabra* lanzaba al es-
pacio, como perlas de su garganta privi-
legiada:

Mira si será bonita,
que cuando va por el Foro
hasta los canes le gritan..

—¡La *grasia* de la Bética!

—¡Tu *mater-familias*!

—¡Ave *Niño*! ¡Si te oyera Orfeo!

Jaleaban al artista con efusión, mientras las cuatro danzarinas repiqueteaban el suelo con sus coturnos. En medio de la majestad de la noche, el extraño espectáculo llenaba las almas de dulce melancolía; el repiqueteo de los crótalos, el enérgico vibrar de las cuerdas de la cítara, las palmadas de los *jaleatori* y los comentarios del concurso, eran en su con-

junto como notas de un himno alegre y quejumbroso a un tiempo... El artista tornó a abrir la espita de su arte:

Yo me tengo de *d'ir*, ¡Claudio!
Yo me tengo de *d'ir*, ¡Claudio!
A vivir con los ermitaños de Tesalia
pa ver de poder dormir.

—¡No te vayas, hijo, no te vayas!
—¡Los buenos *pulsaores*!
—¡Te voy a comprar una *domus* con
siete balcones a la Vía Sacra, niño!
—¡Las fatiguitas de la Estigia!

En el descanso circulaban las cráteras
de Istria y las medias cráteras de Capua;

las danzantes, jadeando los pechos, recorrían las *tabulas*, recibiendo en ellas pellizcos furtivos y proposiciones indécoras de los más audaces... Los grillos seguían cantando en la enramada.

Se cambió el metro tras la pausa reparadora; se hizo la danza más alegre, el rasgueo más vivo; las manos de los jaleadores y los crótalos de las bailarinas avivaron su marcha en un nerviosismo sugestivo. Unas peteneras, recién llegadas de la que con el tiempo había de ser patria de Séneca, hicieron parpadear las estrellas del Empíreo como lucecillas de un baile de candil. Claudio Papullo,

distinguido *amateur*, empezó a cantar con voz algo amatronada:

En la tumba de Pompeyo
me puse a considerar,
las vueltas que da un camello
antes de *dirse* a acostar...

En la tumba de Pompeyo
me puse a considerar.

Se animó la reunión; circulaba el vino entre aullidos y blasfemias.

—¡La sangre de Júpiter!

—¡Esclavo! Trae Falerno *pa* el *cantor*; pero que sea de la propia vejiga de Baco.

—¡Si te oyeran las nueve Musas!

A la puerta del Senado
no me vengas a buscar:
sobre todo si me buscas
pa que *t'invite* a cenar...

A la puerta del Senado
no me vengas a buscar.

Pero aquello no fué más que un aperitivo: el producto neto de la fenicia Malacca, aquella canción que parecía entonces—hoy se ha degradado un poco—formada por estrofas de oro y adornada por notas de esmeralda, la copla divina que sin duda algún dios inventó en un

momento de indigestión parnasiana, la *malaquenna*, como entonces se le llamaba, hizo su aparición triunfante con todo el prestigio de una diosa que viene a transformar el mundo y a llenar de lágrimas los ojos de los mortales. La campaña se estremeció en un frémito de lujuria apenas el *de Egabra* despegó sus labios—púrpura descubriendo marfil—; el mar, por no ser menos, tembló de polo a polo bajo la mortecina languidez del cántico semirreligioso:

¡Aaaay! ¡Ay, ay, ay, ay, ay!

—¡Mucho!

Partío tengo el corazón
del peso de tus desaires;
paice mentira, Popea,
que te atrevas a ir al baile
sin que mi penita veas.

El pretor m'ha dicho
el pretor m'ha dicho
que en la Necrópolis Magna
han ensanchado los nichos.

Yo tengo bastante.
Yo tengo bastante
con una urnita donde meter mis huesos
del tamaño de un estante.

—¡No te mueras, niño, no te mueras!

—Vente conmigo que te voy a llevar al Palatino en biga de lujo.

En la cárcel Mamertina
hay una puerta pequeña;
para entrar, codo con codo...

Un revuelo espantoso cortó la canción en la garganta del artista; dos esclavos, portando dos antorchas, abrían paso a seis pretorianos que en la paz de la noche hacían sonar el metal de sus armas y de sus glebas con un ruido siniestro; tras ellos, dos hombres, dos patricios a quienes dos lictores daban guardia de honor, avanzaron decididos al centro del carro; uno

de ellos era el pretor Semprino, que, con su rostro de facciones duras y crueles, inspeccionó rápido el concurso; al tropezar con el rostro pálido y vinoso de Tirteo, se volvió enérgico a los pretorianos, y dijo, señalando al joven:

—¡Ese es! ¡Prendedle en nombre del Augusto!

Ante la evocación de la suprema autoridad, todos se pusieron de pie, alzando la diestra al firmamento.

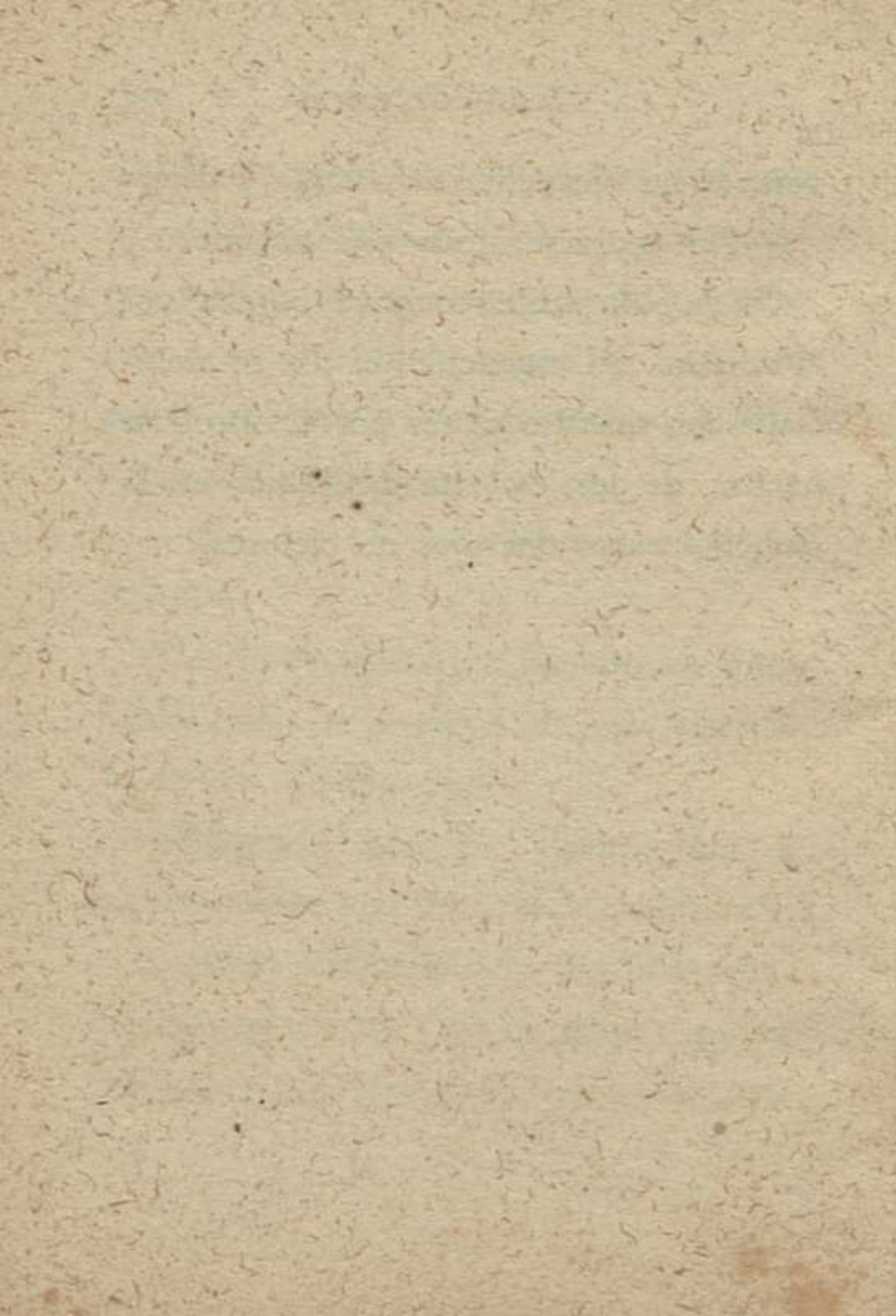
—Patricio, echa *pa alante*—dijo a nuestro amigo uno de aquellos esbirros.

El joven obedeció, pero aún tuvo tiempo para apurar un vaso de solera: era un estoico. Al marchar, tuvo valor para vol-

verse a sus compañeros de orgía y decir:

—No apurarse; todo está pagado.

Cuando la triste comitiva bajaba por el sendero del montículo, el día se anunciaba con siniestro claror por el orto. Las hachas de los esclavos brillaban en la campiña como dos ojos de cíclopes.



V

El templo de Venus Calagurritana estaba situado en las afueras de Bayas, hacia la parte del campo; le llamaban templo por llamarle de alguna manera, pues allí, en medio de los viñedos, con su tejado de madera silvestre, parecía más bien una bodega, no por sus dimensiones, que no serían mayores que las de una de esas modernas casetas del resguardo de Consumos que adornan la *banlieu* de las urbes modernas.

La imagen guardada en su interior tenía una historia un poco abracadabrante: uno de aquellos tribunos de la plebe que los hermanos Gracos enviaron por todo el mundo latino para dar mítines y conferencias en pro de sus célebres reformas agrarias, cayó sobre la Tarraconense con su oratoria y llegó un buen día a Calagurrios—hoy Calahorra—, célebre por sus pimientos y por sus aires salutíferos; en el atrio de la *domus*, en que se hospedó, encontró una tarde, entre un montón de trastos viejos, una estatua de Venus en postura algo ridícula: la diosa estaba en cucullas y con los brazos sobre las rótulas,

como quien espera una carta de amor que no llega nunca.

El buen tribuno se sintió inspirado por los dioses; sí, indudablemente aquélla debía ser una exacta reproducción de la eterna madre, sorprendida por Apolo en alguna infidelidad y arrojada a coces del Empíreo. Estimó aquello como un hallazgo feliz y decidió volverse con ella a Roma y ofrecérsela al Senado, que era a quien se ofrecían en aquella época todas las cosas que no servían para nada o que carecían en absoluto de tasación en las *domus* de empeño del Foro.

Pero el Senado romano estimó tan ridícula la ofrenda, que la consideró indig-

na de alternar en el culto de los fieles con las demás efigies de la propia diosa esparcidas por la capital; pero para no desairar del todo al generoso donante, mandó que el fetiche fuese enviado a Bayas, erigiéndose en su honor un templo, cuyo coste no excediese de quinientos denarios. Así se hizo, y el Municipio de la villa veraniega—algo volteriano en su fe religiosa—convirtió en templo un antiguo establo de vacas de Germania, propiedad de uno de los ediles, que se lo hizo expropiar en el céntuplo de su valor. ¡Que esto de la moralidad municipal es un vicio de origen de la democrática institución!

Allí, metida en una especie de armario

ropero, estaba la diosa, cuyo culto tenía por única sacerdotisa a una mujer gorda, concubina del teniente alcalde de la demarcación.

En una clara mañana de agosto del año en que hemos circunscrito nuestra narración, entran en el templo y se arrodillan ante el ara—el armario ropero—cuatro jóvenes, impúberes al parecer, que cubren sus rostros con unos velos de *crochet*, de fabricación manual; esta circunstancia no deja de ser una fortuna para nosotros, pues las cuatro son más feas que una ensaimada. Van a hacer sendas ofrendas a la diosa: la una lleva en sus manos un par de tortolillas de Prenesto, que en un

estofado no harían un mal paso ni aun para la mesa de Epicuro; la segunda trae para la diosa un *entoutcas* verde-abstinencia; la tercera un cabrito huérfano de ambos pies, y la cuarta una sopera estilo babilónico, en cuyo interior bulle una merengada que, por su olor, parece bajada de la cabeza de Júpiter.

Son las cuatro hijas del pretor Semprino, las de la *chaise-longue*, las que en un momento de inconsciencia amorosa dejaron a los pies del seductor Tirteo el único tesoro que las hijas de Diana traen consigo al venir a este suelo tan mal adomado. Creo que el giro no podrá ser tachado por nadie de voluptuoso.

Norma, Régula, Crisis y Toribia—que así se hacen llamar las cuatro Sempri-
nas—vienen a impetrar el favor de la dio-
sa para que en el sorteo que dentro de
poco va a celebrarse en la *domus* pater-
na ante el *prefectus civitatis*, delegado de
Augusto, sea cada una de ellas la agra-
ciada. Esto del sorteo merece y requiere
una aclaración.

Semprino, apenas tres noches antes hu-
bo encerrado en la Ergástula de Bayas al
seductor de su prole femenina, se fué a
ver a Augusto y le expuso el plan de su
venganza: se trataba, como ya sabemos,
de obligar a Tirteo a contraer justas nup-
cias simultáneas con las cuatro víctimas de

su impudicia. No necesitó el heredero de César esforzarse mucho para convencer al pretor de que su pretensión era absurda: la poligamia no era en Roma institución de derecho. Semprino—hombre entendido en leyes, pero algo bodoque en sus razonamientos—hubo de reconocerlo así, pero replicó respetuosamente que él creía que por tratarse de un caso excepcional, excepcional y *extra-legem* había de ser la sanción. Augusto—que estimaba al pretor más que a uno de sus vasos nocturnos—quiso agotar el capítulo de las complacencias; a pesar de ser las primeras horas de la *matina*, mandó reunir en el acto, bajo su presidencia, el *Consilium prudentium*

—una especie de Consejo de Estado, aunque no tan ruinoso—para que dictaminase acerca del caso jurídico; por cierto que costó algún trabajo cumplimentar la orden soberana, pues la mayoría de los *prudēti* que veraneaban en Bayas estaban a aquella hora en la sala de juego del *Palacio de Baco*, intrigadísimos con el final de un *tours a tours* del treinta y cuarenta, que ya llevaba cuarenta y cinco pases sin interrumpirse. ¡Era un caso jurídico no menos curioso y más divertido que el de Semprino!

El dictamen del *Consilium* fué el único natural: se denegó la petición del padre ultrajado. El César propuso una so-

lución: que Tirteo contrajese aquel mismo día justas nupcias con Norma, la mayor de las chicas; que procurase matarla a disgustos antes de salir de la luna de miel, y, una vez célibe de nuevo, podía contraerlas con Régula, repitiendo la suerte tres veces, hasta quedar unido para siempre con Toribia, que era la menor. Con cierta melancolía rechazó el interesado la propuesta; ¡al fin eran sus hijas y las había llevado a las cuatro en las entrañas!

—Pues entonces—dijo Augusto con su voz cascada—no hay más que un camino: ni los dioses ni los hombres podrán indicarte otro; sortea tus hijas, ¡caro Semprino! Entrega su felicidad a lo aleato-

rio de todas las cosas humanas, y la que resulte agraciada por el hado, que sea la madre de los hijos de Tirteo.

—¿Y las otras, divino ordenador?

—Dedícalas a guardias del orden o hazlas sufragistas: a elegir.

—Sensato, sensato—exclamó el pleno del *Consilium*.

Esta es la razón de la cuádruple ofrenda que ante el ropero de la Venus Calagurritana hacían aquella mañana las cuatro doncellas *Codorniu*; sin saberlo—pues por llevar el rostro tapado no se conocieron las unas a las otras—estaban poniendo en un verdadero compromiso a la simpática deidad. Los dones, puestos

como mediadores a los pies de la imagen, tenían idéntica virtud por su valor intrínseco y por la intención con que se ofrecían. ¿Por quién se decidiría?... ¿Por Norma, por Régula, por Toribia o por Crisis?... Es decir, ¿por las tórtolas, por el *entoutcas*, por la merengada o por el cabrito?...

Aunque teniendo en cuenta que se trata de la diosa del Amor Libre, no es aventurado predecir la decisión definitiva.

VI

La season bat son plein—decían los principales rotativos de Roma en sus crónicas y telegramas de Bayas—. La frase hecha era ya entre los romanos una institución de derecho divino, cuyo uso era obligatorio, sobre todo en las arengas del Senado y en las crónicas de sociedad.

No se recordaba un año de parecida animación; por si algo faltaba al bullicio cortesano, las justas nupcias de dos miem-

bro de familias patricias venían a completar el esplendor del cuadro veraniego, formado por las jiras a Neapolis, los co-tillones del *Palacio de Baco*, las bron-cas del *Palacete* y los banquetes y fies-tas de las principales familias de la co-lonia.

Tirteo Membrino y Crisis Semprina iban a unir sus destinos para siempre ante el ara de Venus Calagurritana en aque-lla mañana alegre y luminosa de Agos-to; el joven calavera, relativamente sa-tisfecho con la solución del asunto, pues él ya se veía en las Gemonías o casado para siempre con los cuatro tumbos sem-

prinos, no ocultaba ante sus amigos íntimos una pequeña contrariedad:

—Ya veis—decía con su mordacidad elegante—, la diosa podía haber tenido mejor mano. ¡Siempre le ha de tocar a uno danzar con la más gorda!

En efecto, Crisis era la más opulenta de las cuatro hermanas, y su futuro, que amaba a las mujeres volátiles y airoas, hubiera preferido unir su destino a Régula, por ejemplo, que era una especie de badila con túnica. Pero en el dominio de la suerte nadie manda, y el mancebo tuvo que resignarse con los designios del hado, ilógicos y estúpidos.

Las invitaciones al acto se habían limi-

tado mucho: había que contar con la capacidad del templo, en el cual—a no ser unas encima de otras—no podían acomodarse arriba de trece personas, incluyendo a los novios, sus familias, sus deudos y las deudas de él. Desde primera hora el lugar se había adecentado: la mujer gorda que hacía de sacerdotisa había tenido buen cuidado de barrer el suelo, las paredes y el techo, para coadyuvar con la limpieza del ambiente al fervor de la concurrencia; la estatua de la diosa, hoy más risueña y seráfica que nunca, continuaba invariable en su postura violenta, como cumple a la majestad de un ente divino

que está por encima de los hombres y de sus posturas.

El selecto público no puede extrañar la ausencia de la ceremonia de las tres hermanas de la desposada: era un paso muy duro para ellas, y sin duda habían preferido quedarse en casa preparando el *wede-cake* con una abnegación de que sólo hay ejemplo en algunos pasajes de la vida de Ciro el Grande. Agata y sus hijas, radiantes, gozosas, olvidan con el júbilo de hoy los tres días de angustia pasados, desde que Tirteo fué huésped de la Ergástula hasta que recobró su libertad para perderla de nuevo en la dulce

esclavitud de los brazos de Crisis, que parecían dos salchichones mallorquines.

El concurso, que no cabe en el templo, aprovecha lo temprano de la hora y la proximidad del *Vendimión* para atracarse de uvas y coronarse de pámpanos en los viñedos próximos, revolcándose por el suelo con aticismo, contando con la tolerancia de los guardas jurados, hoy amables y discretos por efecto de unas monedas sabiamente repartidas por el padrino de las nupcias, que lo es el propio Semprino.

Pero es necesario que renunciemos al bullicio y a la alegría y que abandonemos estos lugares, donde la felicidad aca-

ba de asentar su trono... En el mundo no todo es luz, y junto a los esplendores solares, están las obscuridades de las alcantarillas...

En los acantilados que forma la roca más allá del *Palacio de Baco*, en plena soledad y abandono de los hombres y de las cosas, se ven tres bultos negros que parecen esperar un aviso siniestro. Son tres mujeres, son tres criaturas tiernas y sencillas, castigadas por el furor del hado con el más implacable de los castigos: son las tres hijas del pretor Semprino, a quien la suerte ha rechazado, condenándolas con ciega elección a la deshonra eterna. Norma, Régula y Toribia — las

menos feas de las cuatro—han sido una vez más víctimas del Destino: por una de esas paradojas tan frecuentes en los sorteos y en los concursos de sonetos, el agraciado—Crisis en este caso—ha venido a ser el más feo.

Las tres chicas comprenden perfectamente su situación y han tomado una decisión heroica: vestidas de luto riguroso y con unos velos negros que ocultan sus rostros, aguardan mirando al mar, como una esperanza y un consuelo, el momento fatal...

Y el momento ha llegado; desde aquella altura se divisa en lontananza el templo de Venus como un terrón de azúcar

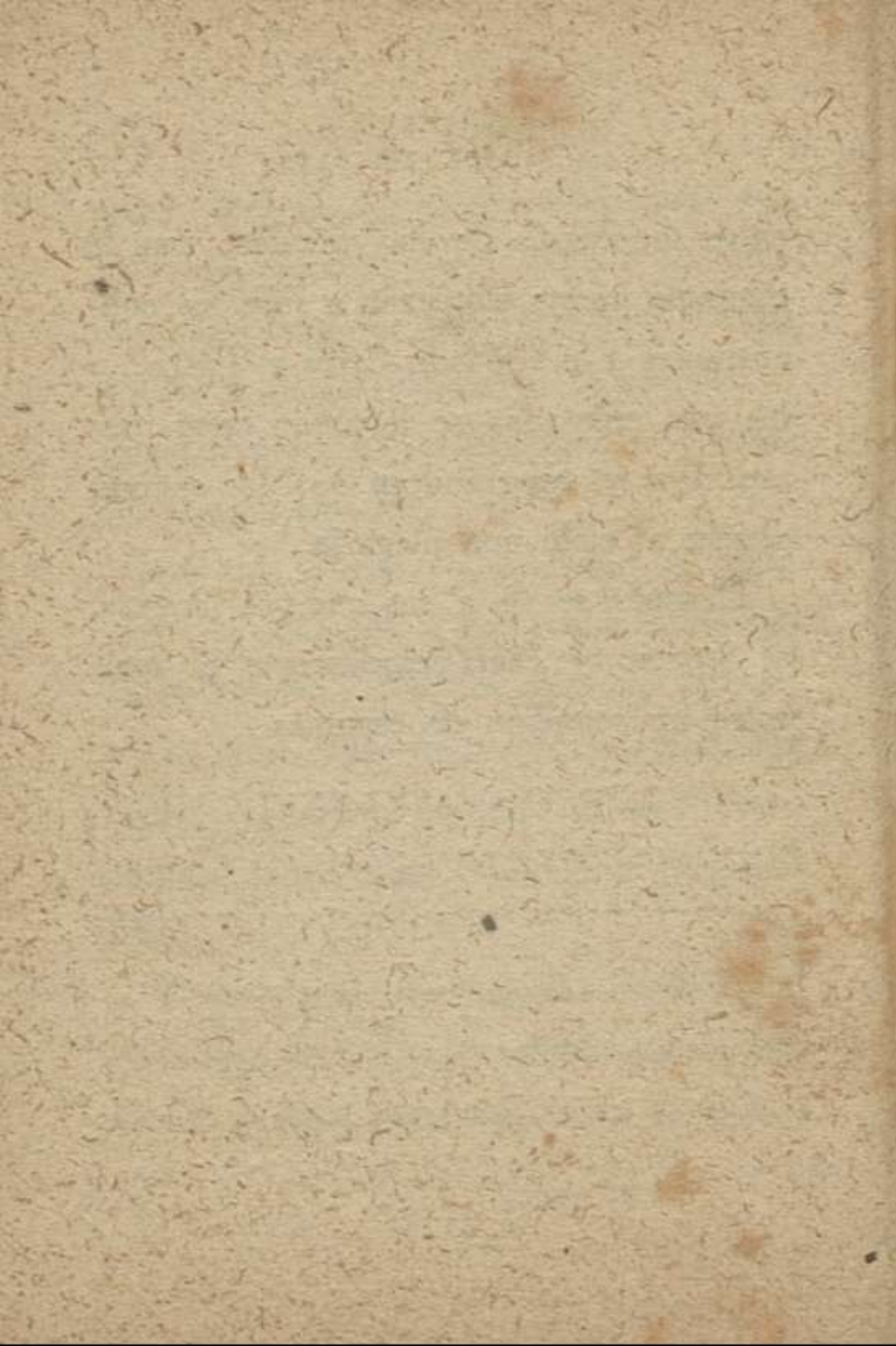
entre la alegría de los viñedos; por la diminuta puerta empiezan a salir los concurrentes a la boda de Crisis y Tirteo...: las tres enlutadas se levantan como tres espectros y, agarrándose por las manos, elevan al cielo una plegaria...

Después se ve a sus cuerpos lanzarse al espacio y caer pesadamente al mar, entre un remolino de espumas...

... ..

... ..

... ..



EPÍLOGO

Han pasado veinte siglos. En todos los pueblos ribereños del Golfo de Nápoles circula entre los pescadores una antigua conseja: en los amaneceres de agosto, los marinos que salen a echar la red para la recolección del célebre macarrón, gloria de la bahía, se guardarán muy bien de acercarse con sus lanchas al Cabo de Misene. De toda la ensenada, es allí donde la pesca abunda más y donde el sabro-

so fruto acuático se ofrece con mayores atractivos al paladar del *gourmet*; la codicia ha llevado en más de una ocasión a ciertos atrevidos a quebrantar la prohibición tradicional: allí han quedado sepultados para siempre con sus lanchas y sus aparejos, sin que de sus restos—después de largas pesquisas—hayan sido hallados ni los rabos.

Los *camarieri* de las mil y pico *trattorias* que bordean la costa desde Nápoles a Pozzuoli, cuentan al parroquiano—mientras le sirven el frasco de Chianti y el emplasto de ravioli con almejas de la tierra—que a las ocho de la mañana de los días de agosto tormentosos, en que

una gasa de llovizna tapa a los ojos del viajero las bellezas inenarrables del Golfo, aparecen frente a las ruinas de la antigua Bayas tres sombras siniestras, que desde lejos parecen gigantescas sardinas enlutadas. Dan unos aullidos aterradores, en los que vagamente parece percibirse la petición de un novio o de un marido.

¡Oh, Italia, país del eterno misterio! En vista de ello, los dueños de las citadas *trattorias* han decidido elevar, durante el mes de agosto, los precios de comestibles y bebestibles.

